

ms. 520

20993

AFV 1984

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

11

VOLUMEN II

Luis Cordero Dávila

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:0:—

1955

ms. 520 (ms.)

## LUIS CORDERO DAVILA

Esta voz que dominó la tempestad, este Capitán del pueblo en las horas de rebeldía contra las injusticias, es un Poeta de profundísima profundidad...

Luis Cordero Dávila entra al Poema de pie, perfectamente grande, coronado de sí mismo... Su paso hacia el verso absoluto suena como esos himnos wagnerianos en que los hombres toman posesión de los tronos de los dioses, en que la luz humana, no obstante sus heridas vitales de tiniebla, se consagra ya para siempre en la gran luz de la verdadera inmortalidad...

Amigo de verdades trascendentes, espíritu supremo, dice en poesía un género único que la Patria, y acaso hasta el Continente mismo, rara vez ha sabido modular... De hecho, y sin perder su genialidad cuencana íntima, maneja verdades cósmicas y juega con las constelaciones... Su voz poética es siempre de pozo reflejando estrellas, sí, pero también con propia vida, con esa vida de agua nacida del seno de la Tierra y conocedora de los grandes secretos de la Tierra...

Hasta cuando se acerca a los seres mínimos, hermanos menores del hombre, como el mansísimo y

filósofo hermano asno, lo hace para descubrir su belleza imponderable que la mirada humana ha dado en despreciar por las frívolas visiones de lo aparente...

Así, sobre seres y cosas, sobre sueños e ideas, pone manto real, de tal manera que la nobleza de la vida y la insigne nobleza del pensamiento vienen a ser mayores por la voz de este hombre profundo...

Penetrando lo esotérico, igual que lo aparente, halla la pura y escondida verdad: el mundo visible y el invisible sólo son un secreto para ser traducido al verso... Luis Cordero Dávila, traductor de la eterna verdad, es el Sabio del Verso, el Evangelista de la Bella Verdad, el Descubridor del Continente poético más hondo y hermoso con aves claras que cantan y oscuras aves que piensan, entendido que este pensar aparentemente obscuro, como el de su buho eterno, es sólo otra manera de cantar sumergida canción que nunca acaba...

Meditación puesta en verso, Filosofía poética, tal la obra de Luis Cordero Dávila... Os digo que su poema suena como la sumergida ciudad de Is, con campanas hondas mucho más profundizadas de sonido por el mar, con ecos de voces cuya hondura el espíritu intuye apenas, con belleza mojada en la inmensa inmensidad...

Del tiempo de la Hélade viene el sueño de que Filósofo y Poeta se confunden... Y Luis Cordero Dávila es prueba palpable de ello, y su verso es una Filosofía de la Vida y de la Muerte, de la constatable vida y de esa otra que se pierde hacia lo ultrasensible y esotérico, y su cantar es igual a uno cualquiera de esos Tra-

tados que, desde las antiguas sombras, prenden luces para llegar al Seno de la Naturaleza o al infinito Seno del Universo...

Con Luis Cordero Dávila se va por el camino del conocimiento, aún de aquel que, por muy conocido, se lo cree saber a plenitud siendo, sin embargo, el que menos se llegó a conocer...

Desde la sumergida ciudad de Is nació una voz profunda que de este lado del mundo vino en llamarse Luis Cordero Dávila...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.



LUIS CORDERO DAVILA

Me lo veda mi sangre... Pero grito  
con esfuerzo gigante, con voz doble,  
que este titán era hecho de granito,  
de acero, de huracán, de sol y roble...

Un orador como éste...? Fue prescrito  
dejarle sin rival... Tajo y mandoble,  
trompeta y aluvión, son de infinito,  
estentóreo clarín de lo más noble...

Corpulento, con esa corpulencia  
de la encina situada en la eminencia...  
Su voz sonaba como suena el día

bajo el plectro solar del ascua de oro...  
Era un hombre de bronce que tenía  
la augusta majestad de ser sonoro...

Remigio Romero y Cordero.

EL BUHO

El hubo es un mal hombre  
en forma de ave, piensa,  
como cosa por ella muy sabida,  
esa gente sin nombre  
que ambula por las sendas de la vida.

Engastados en sombra, sus ojos vagamente pensativos,  
que miran hacia adentro,  
son dos ópalos vivos;  
cisternas misteriosas  
por donde nos saluda  
el humo de las cosas  
con el dilema ambiguo de la duda!...

Como un caduco salmo de abadia,  
latente en la medrosa arqueología  
de las ruinas de un órgano deshecho,  
en agorera música, en su pecho  
llora la profecía.

El pobre campesino  
que oyó su flauta undivaga en el huerto,  
mañana estará muerto  
como ayer su vecino...

A la égloga del campo siempre extraño,

dentro la oscura cueva,  
como un viejo ermitaño,  
vida de oculto silencio lleva;  
sin recibir jamás ninguno de  
los trescientos sesenta y cinco soles  
con que la luz del año,  
hasta a los escondidos caracoles  
en la cartuja de sus conchas ve.

Es la noche su día;  
cuando el oro de la tarde se esfuma  
en los oscuros piélagos,  
con su viejo gabán de sombra y pluma,  
acude a conversar con los murciélagos.

Visita el solitario  
ajimez del nocturno campanario;  
y en su filosofía  
de cosas indecisas y lejanas,  
hiriendo el bronce mudo  
con el corvo carey del pico agudo  
desgrana un vago, un tembloroso, un quedo  
tremolar de campanas,  
que en las noches de la feligresía  
hace temer de miedo  
a las gentes aldeanas...

Aunque no tiene de las puertas llave,  
—tal un sutil manojito de negrura—  
se cuelga por los huecos de la clave  
del templo solitario;  
donde, como ojos de otro enorme buho,  
las lámparas oscilan del Sagrario.

En la callada nave  
ulula en hondo, trémulo graznido,  
salmódica con que reza  
las preces del olvido...

Las lágrimas cuajadas de los cirios  
son cual niveo panal  
que el templo le depara;  
posado sobre el ara,  
en su pose ritual,  
engulle aquellos granos de blancura,  
como si un monje absurdo  
un rosario de perlas se tragara  
para blanquear su mal...

El gallo del convento,  
reloj de toda aurora,  
dice el advenimiento  
del sol.

Desvanecido,  
para él sueño es la luz;  
en actitud hierática y sombría,  
erizando las plumas del capuz,  
queda el buho dormido  
dentro de un nicho, en brazos de la cruz.

Sobre la cruz al verlo encaramado,  
un pavor esotérico a la gente  
pone en inquieta desazón; ni el Cura  
a despedir se atreve  
a aquella demoníaca criatura...

Repitiendo litúrgico exorcismo,  
con el hisopo que chorrea plata,  
por ahuyentar el mal,  
sobre el ave desata  
toda el agua lustral.

Sintiéndose mojado,  
abre el buho los ojos  
y del ojal de sus carbunclos rojos,  
cual si hubiese llorado,  
descienden largas gotas

que, no sé qué de cábala infinita,  
hacen que el Cura apártese medroso  
al sentir que aquel pájaro ominoso,  
sobre él está llorando agua bendita...

¡Cuánto misterio cabe  
en el oscuro natural de un ave,  
que acaso de misterio más que los hombres sabe!...

## COPAS DE ABSINTIO

### INVERNAL

Es inútil soñar... todo está muerto:  
la simiente en el surco; la alegría  
debajo el corazón; pesada y fría,  
toda la triste nieve lo ha cubierto.

Es inútil soñar... dentro del huerto,  
que el dulce idilio de tu amor sabía,  
trocando su recuerdo en agonía,  
el aura gime en lánguido concierto.

Están mis abedules deshojados;  
los nidos de tus tórtolas, vacíos;  
y los arroyos, quietos y callados.

Ay! qué días tan largos, tan sombríos,  
me reservan, mujer, así mezclados  
con el invierno, los dolores míos.



## IN MEMORIAM

—Déjame en paz con mi dolor,— le dije;  
aparté de ella los nublados ojos;  
apretando los dientes la maldije,  
y eché tras de sus pasos los cerrojos.

Huyeron con su ausencia mis enojos;  
mas, triste ley que las pasiones rige,  
cuando ya no la vi, cai de hinojos  
y con el alma entera la bendije.

Hubiera dado el resto de mi vida  
por volverla a mirar sólo un segundo  
tras el instante de su eterna huida.

Después... entre los dos abrió la suerte  
un abismo más ancho, más profundo  
que el abismo infinito de la muerte.

## CONFIDENCIAS

Ya de ese sol no hablemos, de otros días,  
halló un ocaso, al despuntar, eterno:  
hoy son mis horas, solitarias, frías,  
las de un estéril prematuro invierno.

Porque se mofan de las penas mías,  
yo en la casera soledad me interno;  
mas un amor de sordas agonías  
bate las ruinas del hogar paterno.

Ya nada, nada espero del futuro,  
porque la inmensa noche del presente  
todo lo llena y me lo vuelve obscuro.

Y sólo soy, en medio a la corriente,  
piedra que el agua desquició del muro,  
ay! pero piedra que paipita y siente.

## MURRIA CASERA

¡Epilogo de otoño!, qué aburrido  
amanecer de sol;  
en la concha doméstica embutido  
siento tu mal, hermano caracol!

Un aprendiz de música, perdido  
en las semicorcheas de un bemol,  
instila, sin cesar, dentro mi oído,  
su do, re, mi, fa, sol...

Retejiendo la tela de la vida,  
en vaga sensación,  
suelto al remiso cavilar la brida.

Cada hora que en viscosa sucesión  
sobre la esfera del reloj se oxida,  
suena en mi corazón...

## FRUMENTAL

No vierte sangre la dorada espiga,  
que, la que el sol tostó morena frente,  
corona, de la amiga  
de las virtudes, labradora gente.

Es granado laurel, en la cosecha  
de la antigua labor, entre rumores  
de festiva algarada, recogido  
en el sereno campo, do no acecha  
a su contrario en guardia, embravecido,  
el hombre, en los ardores  
del bélico rencor nunca extinguido.

No entre siniestros fúnebres despojos,  
en fértil surco, de fragantes flores  
en lecho no sabido  
del sangriento rigor, lo hallan los ojos.

¡Oh! si me fuese dado  
con esto generoso  
cantar del no manchado,  
ni a tal virtud odioso,  
laurel de oro granado,  
de paz en las faenas cosechado.

¡Cuál mi arpa ensalzaria  
la humilde poesía  
del diminuto grano



que en el surco cayendo, de la mano  
del rústico labriego, halla en la tierra  
el seno de la muerte,  
y luego en germen de segunda vida  
dentro su tumba anida  
y en espigada prole se convierte!

\*  
\* \*

Rompe el áurea mortaja  
el trigo y surge, de fresca henchido,  
el polvo sacudiendo que lo ultraja  
tierno pimpollo de verdor vestido,  
y el valle y la ladera y la montaña  
—que es propicia a su ser toda la tierra—  
de vivas ondas de esmeralda baña,  
y en verde cerco el horizonte cierra.

Como naves que se hunden, la cabaña,  
el caserío, el templo de la aldea,  
se miran, de ese mar que al viento ondea  
en la profunda vivida verdura.

Ubérrima la mies ríe y madura  
a la llama febea,  
y no a la flor fatiga  
con alardes de efimera hermosura,  
que a solazarse instiga  
sólo en riquezas de una mies futura,  
que acaso burlará suerte enemiga:  
¡es flor la misma espiga,  
dorada flor que inmarcesible dural

Undisonando como lago de oro,  
en lánguida espesura  
hierva la mies; el espigado coro,  
en salmo campesino de rumores,  
el himno canta, ajeno de dolores,

que, como voz del Cielo,  
cae en el alma libre de recelo  
de los humildes pios labradores.

¡Colmena inmensa que en dorado enjambre  
susurra levemente! Voz de albricias  
que anuncia sus primicias  
y va trocando el hambre,  
con sólo su sonido,  
en hartura del bien ya prometido!!

\*  
\* \*

Otoño, la elegía  
modula de las hojas, que marchitas,  
al fenecer el día,  
descienden de las ramas; infinitas  
voces se escuchan, de profundo duelo,  
en los sotos y selvas y montañas,  
con que gimiendo ruedan  
las hojas por el suelo.

¡Siempre la ley fatal de que en el mundo  
los seres de sucedan!,  
desde el mendigo, que haraposo avanza,  
—al cruel sentido humano nauseabundo—  
ahito de dolor y de esperanza  
de las eternas bodas celestiales,  
hasta el monarca, que soberbio impera,  
entre viles hosannas terrenales,  
y juzga en su carrera,  
—infiel a la memoria  
de los antiguos pueblos seculares—  
que nunca llegará para su gloria  
el Mane, tecel, phares,  
de aquel tremendo día de la historia.

Desde la humilde yerba, que entre espina  
medrando en las ruinas

del deshecho terrón, sufre el ultraje  
del torpe bruto y olvidada vive  
rindiendo a lo rastrero vasallaje,  
en vil obscuridad y no recibe  
fuego de sol, ni lluvia de rocío,  
hasta el volcán, señor de las montañas,  
que en lujo de tremendo poderío  
atruena con sus voces el vacío,  
y en lavas iracundo  
escupe sus entrañas  
sobre la faz atónita del mundo:  
¡todo camina y a la postre acaba,  
que, de la culpa en singular sentencia,  
plugo a la Omnipotencia  
fuese la vida de la muerte esclava!

Mas ay!, ¿a dónde el encendido vuelo  
te lleva, ¡oh musa!, que olvidando el suelo  
dorado en mies, te escondes  
tras la infinita bóveda del cielo  
y a los misterios del vivir respondes?

¡Deja la altura, los humildes ojos  
al campo torna, vuelve a tus espigas,  
vuelve, que ya de manos enemigas  
son ópimos despojos!

\*  
\* \* \*

Canta el otoño, de las hojas muertas,  
con la tarde, la dúlcida elegía  
en las frondas desiertas;  
y al despuntar el día,  
del vacío desván a las abiertas  
fauces hambreadas, a sus toscas puertas,  
un himno de alegría  
canta la gente que al trabajo fia  
su vida terrenal y en Dios confía.

Cual arpa inmensa, cuyas cuerdas de oro  
arrancase la muerte, en el sembrado,  
—de laboriosa multitud cercado—  
cunde el lamento en moribundo coro.  
No el ósculo del viento, la crispada  
mano de hierro, la dentada mano  
pulsa las cuerdas que, al romperse, gimen  
y en el oído insano  
del segador imprimen  
como una huella de lamento humano.

Va la segur incontenible y fiera  
segando por doquiera;  
temblando quedan los heridos tallos  
sin sus caras espigas, y se sienten  
de la muerte vasallos.

Ay!, plugo a su destino  
que los que en vida singular nacieron,  
en muertas partes de su ser se ausenten:  
¡esos tallos enseñan el camino  
que hombres y cosas a su vez siguieron!

Va la segur incontenible y fiera;  
arráncase la cuerda postrimera,  
y el campo sin sus mieses, desvestido  
de la soberbia túnica dorada,  
queda en honda nostalgia sumergido  
de su beldad pasada.

¡Revuelto campo; lo que fue sembrado  
en silente rastrojo convertido!,  
sólo se escucha, misero gemido  
el de las aves, que la sombra lloran  
del áureo techo, donde el dulce nido  
labraron, entre cepas escondido.

Ya no amparados contra el viento moran  
los implumes polluelos. ¿Quién les fia  
de los extraños múltiples rigores?



Acaso morirán a los ardores  
del igneo sol, en la mitad del día:  
acaso de los cielos  
al llanto bienhechor: ¡pobres polluelos!

El campo yace desolado y triste;  
de cuanto fuera ayer, ya nada existe;  
se han quedado las aves y los nidos  
sin amparo, de muerte circuidos,  
que ya la aldeana turba pequeñuela,  
saliendo de la escuela,  
y con ávidos ojos,  
de presa, ansiosa, invade los rastrosjos.

En tanto el segador, de su tarea  
juntando los despojos,  
forma, uniendo manojos con manojos,  
blonda gavilla que a su espalda ondea  
como haz de plumas de oro,  
y en la cercana parva deposita,  
donde enhiesto se yergue su tesoro,  
que al fin remata con la cruz bendita.

¡Ella la libraré de tempestades,  
de la mano hurtadora, del tremendo  
rayo que va cuanto halla destruyendo!  
¡Oh! fe, divina fe que, discurriendo  
por todas las edades,  
pusiste en las campestres soledades  
el trono de tu amor dulce y fecundo  
en dones mil para el impío mundo!  
¡tú el bien sostienes que benigna creas,  
¡oh! fe, divina fe, bendita seas!

\*  
\* \*

Siente del sol los besos quemadores,  
fecunda genetriz de sus amores,

la madre tierra, a su pasión desnuda  
de su manto de yerbas y de flores.  
Casta reina salvaje,  
no para siempre pierde su ropaje,  
sino que en bella sucesión lo muda.  
Ya en el surcado cieno  
el labrador derramará la vida,  
y en granos convertida  
también la espiga volverá a su seno.

Limpias se ostentan las redondas eras,  
que el sol con sus fulgores abrillanta,  
circuidas de setos.

Las cimeras,  
la cumbre, la raíz, gavilla tanta  
a tierra vienen de las parvas de oro,  
que ya en tropel sonoro,  
sobre amplio pavimento de peñasco  
los potros huellan con bruñido casco;  
con látigo vibrante los persigue,  
a grito azuzador, robusto mozo,  
que jadeante, entre el polvo, sudoroso,  
en vuelo circular su marcha sigue.

Crujen y saltan, como chispas de oro  
de una latente hoguera;  
los granos de la espiga pisoteada  
por el equino coro,  
que ansiando cada vez de su jornada  
el término, redobla la carrera  
en inútil afán, que dentro la era  
siempre una nueva ruta no empezada,  
en infinito círculo le espera.

El viento lleva las deshechas haces  
de la reseca paja quebrantada,  
que nudosos tridentes de madera  
esparcen por doquiera  
y va en nubes fugaces



flotando en derredor, y aglomerada  
en los próximos campos,  
del sol que muere a los rojizos lampos,  
como nevada de oro reverbera.

En colina granada,  
limpio de polvo y paja, bulle el trigo.  
De la labriega turba fatigada  
tomando cada cual, lleva consigo  
un saco de la mies que en amplia troje  
el dueño con afán mide y recoge.

Terminó la pacífica batalla;  
los hogares del campo están de fiesta,  
que en medio de la prole, en tiesto al fuego,  
provocativo estalla  
el grano que se tuesta,  
Todo termina en paz y viene luego  
fructífera estación, la del sosiego.

Dentro la troje duerme,  
en selecta porción, el grano inerme  
que en día venidero  
en albos copos deshará el molino  
y que en la criba de nevado lino,  
porque la flor entregue,  
depurado será, para que llegue  
a ser la Hostia de amor, cuando, al divino  
conjuro, en copa de oro prisionero,  
transubstancie su ser en carne nueva,  
en la preciosa carne del Cordero,  
que el ser eterno de la vida lleva.

\*  
\* \*

Oh mies, oh espiga!, oh trigo!,  
en nombre de tu ser a Dios bendigo,  
que en tu fecundo grano

compendias de su amor el soberano  
don, a las criaturas concedido,  
que están bajo el humano.

Tú, que a la tierra das regio vestido,  
áureo reflejo al sol, música al viento,  
sombra y amparo al nido,  
y a las aves y bestias alimento,  
también al sabio das tema profundo;  
y en panes convertido,  
con el falaz deleite del sentido,  
compartes el imperio de este mundo,  
—en que el hambre y el vicio son monarcas,  
sin distinción de tiempos ni comarcas—.  
Tu gran vitalidad siglos perdura,  
¡las espigas de Ruth son mies futura!  
Mas hay!, que tanto abarcas  
dentro de ti, que el cielo  
te levantó del suelo,  
y con la vid escondes  
—y no a la vana indagación respondes—  
el misterio infinito  
en el gran libro del Amor escrito.

¡Arpa, silencio!, acalla tu lenguaje:  
es más acepto a Dios el homenaje  
de silencioso pasmo, en el secreto  
de su infinito arcano...  
¡Señor, desde este seto  
tu bendición imploro  
sobre los campos del fecundo grano  
en que tu excelsa Humanidad adoro  
en el gran Sacrificio cotidiano!

## HOJAS SECAS

Las hojas mustias del árbol  
iban muy triste cayendo  
sobre el césped del contorno,  
cual las ficciones de un sueño.

Nadie las llora, pensaba,  
en doloroso secreto;  
nadie las llora y ya nunca  
tornarán a lo que fueron.

¡Pobres hojas, hojas muertas!,  
ya escucho en vuestro silencio,  
de una elegía callada  
los misteriosos lamentos.

Y, al contemplaros caídas,  
en honda nostalgia siento  
que hay también algo que cae,  
que cae dentro mi pecho.

.....  
.....  
.....  
.....

¡Hojas muertas, cual vosotras  
tengo por lengua el silencio,  
que del árbol de la vida  
también soy vástago muerto!

## ¡TODO UN POEMA!

Con la guitarra en la siniestra mano  
y la copa en la diestra, voluptuosa,  
se alzó a brindar en el festín ufano,  
temblando de emoción, la nueva esposa.

Y al empinar, con aire soberano,  
entre feliz y triste y orgullosa:  
—Señores, dijo, por mi padre anciano;  
este mendigo que a mis pies reposa—.

Corrió un rumor de befa entre la gente;  
el novio murmuró, desazonado  
de verse con tal suegro de repente...

... Mas ella despreciando a los aviesos,  
tomó al mendigo, lo sentó a su lado  
y lo colmó de lágrimas y besos.



## ESPEJO DE FILISTEOS

A fe de mal doctor  
o de buen curandero,  
que entrar en distingüendos yo no quiero;  
con líricos manojos  
de versos azules, negros o rojos,  
juzgué me fuera dado  
hacerlo, aunque lo hiciera en forma empírica,  
la desinfección lírica  
de aquel temperamento  
desde que vino al mundo intoxicado.

Y en práctica poniendo esa virtud  
plebeya o doctoral, que al que no mata  
le deja en su salud... ,  
bañéle largamente en el divino  
lago de Lamartine;  
le aislé dentro el huerto campesino  
de Fray Luis de León,  
sin obtener ninguna  
visible reacción  
en la doble centina  
de su cabeza y de su corazón.

Aquellos dulces versos regalados  
cuyo vital acento  
le viene a todo mal estar de perlas,  
sobre él pasaban, como pasa el viento  
por las piedras del campo, sin moverlas.

Acudi nuevamente al infinito  
recetario de metros y motivos:  
y le rocé la frente,  
larga, rítmicamente,  
con el ala del cuervo de Edgar Poe,  
pensando hacer blanca  
a fuerza de negrura.

El fondo orinecido  
de aquel temperamento  
tenía el refractario sedimento  
del hombre que ha nacido  
para servir de base al alimento,  
que nunca reacciona  
a la inyección de luz del pensamiento.

Juzgué que una sangría,  
que desplazase aquella  
adiposa y rotunda complexión,  
reaccionar le haría;  
y sin fines perversos,  
a la vejiga de su corazón,  
por ver de hacerle un bien,  
por sanguijuelas le apliqué los versos  
de Baudelaire, de Wilde, de Verlaine.

Después de tanta opuesta medicina,  
satánica o divina,  
con esa inerte, plácida bonanza  
de espíritus que nunca  
dentro de sí la tempestad sintieron;  
me invitó a una comida de confianza  
en que el largo poema de la hartura  
cantaron el jamón y la fritura,  
ampliamente, en obtusos  
solos y coros de repetición,  
dentro el mismo libreto  
de fritura y jamón.



No sé si algún divino  
rubí chispeante de añejado vino,  
con llama coloró de poesía  
aquel adamantino  
poema de la grasa y el tocino,  
que fue siempre el poema  
de toda burguesía.

Ni sé tampoco si, de sobremesa  
de aquel yantar de condición tan gruesa  
se disipó algún grumo  
de atosigado malestar sedante,  
con el ámbar y el oro de la pipa  
que en la dorada levedad del humo  
tanto diario malestar disipa.

Pero sé que después,  
—comimos de las doce hasta las tres—  
enfermo, dolorido,  
sali desazonado  
de haber así comido,  
como salirse puede de un mesón  
en que se ha transformado  
en fruta de sartén el corazón! . . .

Busqué aire y libertad y campo y cielo,  
y en la infinita soledad agraria,  
—pila lustral del alma solitaria—,  
el polvo fui a lavar de aquella escena  
que aún con su recuerdo  
mi espíritu envenena!

Enorme estatua de las fuerzas vivas,  
forma arrogante de las fuerzas brutas,  
del inconsciente músculo cautivas;  
fuerte, soberbio, majestuoso toro,  
desde el peñón a que yacía atado,  
voltejeaba los campos y las rutas  
con tristezas de amor, en las tranquilas

redomas de cristal de sus pupilas;  
y enarbolaba el sol agonizante  
sobre la lira de sus cuernos de oro,  
reteniendo en la olímpica cabeza,  
con imperial decoro,  
el poema de cósmica belleza  
de todo el arrebol,  
que es el mejor poema entre los grandes  
de cuantos forja el sol  
en esta inmensa Cuenca de los Andes . . .

## ¡OH POETAS!

A LOS JOVENES DE MI PATRIA

Rasguemos las entrañas de la tierra  
para extraer el oro de las liras  
y engarzar en sus cuerdas melodiosas  
el perlado caudal de nuestras rimas.

No forjemos de hierro los collares  
con que las musas su garganta ciñan;  
el estro juvenil que se desborda,  
metal más noble y fuerte necesita.

Ese metal acrisolado al fuego  
que en las entrañas cósmicas palpita,  
ese que antes se rompe que doblega  
y arrojado en el fango no se oxida.

Las horas son de canto: sobre el mundo  
sigue corriendo el río de la vida  
y no hay onda que pase que no deje  
alguna flor en la terrestre orilla.

¡Qué es doloroso desgarrarse el pecho  
para verter las grandes melodías?...:  
es fuerza que las ánforas se rompan  
para gustar la esencia contenida.

Cantemos para todos, nada importa

que el vulgo a nuestros cantos se resista:  
después de largo tiempo de domarla,  
no hay fiera que a su dueño no se rinda.

Mas que sean también nuestras canciones,  
no de las gentes, de su objeto dignas;  
reguemos en los surcos de la tierra,  
en vez de corrupción, santa semilla.

Y no temáis volar: las alas crecen,  
cuanto más en el vuelo se ejercitan  
y creciendo en vigor, en breves horas  
cruzan aquello en que gastaban días.

Laureles que no mueren, se recogen,  
luchando en la palestra de la vida:  
el que hasta el fango inclina la cabeza,  
logra de barro solamente ungiría.

En mármol de Carrara, cada estrofa  
a corte de cincel, surja esculpida,  
si pretende lucir eternamente  
la incuria desafiando de los días...

Nada nos falta, esplendidez ninguna.  
Naturaleza oculta a nuestra vista;  
desde el monte hasta el mar, pródiga madre  
nos lleva con amor de sima a cima.

La Virtud, la Belleza, el Heroísmo,  
cual en su hogar, en esta patria habitan,  
y hasta los más lejanos horizontes,  
la claridad dilatan de su vida.

Y si queréis en arma de combate,  
también trocar la sonora lira,  
no os faltarán ruines y malvados  
que pasto den a vuestras justas iras.



Aquellos que en el solio carniceros,  
sólo a brutal libertinaje aspiran  
y cambiando en esclavo al ciudadano  
leyes absurdas contra Dios fulminan.

Sobre ellos descargad las cuerdas de oro,  
con el verso azotadles las mejillas,  
que si sangre no tienen, a lo menos  
dejáis así vuestra misión cumplida.

Y ese chasquido sonará mañana  
de la historia en las negras gemonias,  
al maldecir el nombre del tirano  
como padrón de eternas ignominias.

No en estéril mutismo nos durmamos,  
glorifiquemos nuestros breves días,  
quizá mirando nuestro polvo, vengan  
puñados de laurel a echarle encima.

¡Cantemos del Señor, en gloria suya,  
corra en curso armonioso nuestra vida,  
y de la Cruz, al terminar, dejemos  
colgadas en silencio nuestras liras.

## RUBEN DARIO

Con el oro español metal de Francia,  
en plateresca selección aliga;  
y bajo un roble de la Grecia amiga  
junto a las cubas de Epicuro escancia.

Trasciende de su vino la fragancia,  
y antes la sed enciende que mitiga,  
del ávido lector, a quien obliga  
de sus mirrinas copas la elegancia.

De artisticos tesoros amuleto,  
su estrofa vibra y resplandece y ciega,  
y es caracol de músicas repleto.

Mas, como sólo a principes entrega  
de sus divinas joyas el secreto,  
el vulgo de sus dádivas reniega.

Monje del arte, con sutil empeño  
las joyas labra que le son diadema,  
en el reino interior, de la suprema  
realeza suya en el país del sueño.

En concha de oro, no en humilde leño,  
huido de la plebe al anatema,  
cantando para sí, confiado rema  
a las azules islas del ensueño;



Allí los cisnes prestarán plumas,  
con él las ninfas partirán su nido,  
y el lago le dará vellón de espumas;

Y cuando ya, por Término vencido,  
su sol apaguen las eternas brumas,  
le cubrirá de rosas el olvido.

## SUBSUELO DEL EVANGELIO

En la liturgia, por humilde, santa,  
De esos rústicos seres,  
Con que la vida, como el agua, canta,  
Ajena a sus dolores y placeres,  
Ninguno más de simbolismo lleno  
Que el rucio manso y dulce y triste y bueno...

Ignora el bien quien no ama esas orejas  
Tan gratamente para el mundo viejas,  
Que en su vaivén retráctil, misteriosas,  
Parece que llamaran a las cosas  
Para la confianza de las quejas...

Lanzas de blando terciopelo gris,  
A nadie hirieron nunca  
Fuera ni dentro de ningún país.

Corona de esa lánguida cabeza  
Que se asoma por todos los senderos  
Enferma de sonámbula tristeza.

Oh rucio pueblerino,  
Encarnación del polvo del camino,  
Elegia ambulante de la carne,  
De la carne sin lágrimas...;  
Camello de los pobres,  
Sólo sabes de látigos, de espinas  
Y de pajas salobres  
En todas las jornadas que caminas!

Pero sobre tus lomos doloridos,  
Consolando tu amarga mansedumbre,  
Flotar se ve, en bíblica presea,  
Como un halo de lumbre,  
La sombra del Rabi de Galilea.

## EL ALMA DE LAS COSAS

I

### VIDA DE CORTIJO

El cielo de la aldea  
opaco y sin matiz;  
detrás de cada casa otra más fea,  
siempre de igual barniz.

Un señor muy obeso que pasea,  
sin decir mus ni miz,  
empeñado en que el público le vea  
las bordadas pantuflas de tapiz.

Una redonda tia  
sentada junto a un gato en un portal  
lleno de humo y de melancolía.

Y en medio de un silencio que hace mal,  
una cansada voz de escribanía  
pregonando un remate judicial.



## SIESTA PROVINCIANA

Son las dos de la tarde; la campana  
vibra con lento són:  
al coro cada hermana  
va llegando para hacer oración.

Un viejo señor cura sin sotana,  
en mangas de camisa y pantalón,  
con una palangana  
echa mijo a su gallo en un balcón.

De las blancas paredes en los huecos  
titilan con mareante claridad  
las telarañas de polvosos flecos.

Y en vago ritornelo, a la ciudad,  
de los distantes campos llegan ecos  
de olvido y soledad.

## SIN RETORICA

A Gonzalo Zaldumbide.

En tu alma de poeta  
hay cosas muy extrañas;  
flores de luz y sombra  
ante mi vista pasan!

De tu sellado huerto de dolores  
las fugitivas auras,  
regando van semillas de misterio  
en las enfermas almas.

Y no es que busques calculado efecto,  
tu pensamiento arranca  
de lo hondo de tu ser, fangoso o puro,  
como del seno de la tierra el agua.

Yo te comprendo; en su interior, a solas,  
mi espíritu se hermana  
al tuyo y va rodando hasta las simas  
más hondas y lejanas.

También enfermo como tú, yo siento  
rugir dentro del arpa  
toda una amarga tempestad de ideas  
confusas y agitadas.

El proceso inquietante de la Historia;  
las rudas marejadas  
de que es víctima el pueblo, enloquecido  
por sugerencias tantas.

Ese vaivén de ideales  
que lucen y se apagan,  
dejando sólo sombra,  
sombra y olvido en la sangrienta playa.

La fuerza germinal que a la materia  
nuevos torrentes de existencia arranca;  
y la fuerza brutal de esos torrentes  
dentro las simas del sepulcro lanza.

La lucha inacabable de los pueblos;  
el temblor incesante de las almas;  
y aquella paz indiferente y muda  
de la Natura ante el dolor impávida.

El misterio infinito que en la sombra,  
como una luz de redención aclara;  
la negación inexorable y ruda  
en la inducción basada.

En este mar de tempestades locas,  
como esquifes errantes, nuestras almas  
vienen y van y luego  
contra las sirtes del sepulcro estallan.

¿Qué hacer, poeta, en dónde  
hallar la ansiada playa,  
esa en que vida de verdad vivieron  
las primitivas razas?

¿Dónde encontrar la fuente de aguas vivas,  
por nuestra propia libertad cegada,  
para apagar en ella  
este fuego sin luz que nos abrasa?

¿A qué seguir trocando estérilmente  
nuestra existencia en pavoroso drama  
si en esta misma escena  
fueron felices las antiguas almas?

¡Esta lepra interior que nos devora  
es hija espúrea de la ciencia humana;  
obra de un siglo enfermo  
y de la mente loca y fatigada!

¡Volvamos nuestra vista al olvidado  
polvo de las generaciones acabadas,  
que allí el secreto de las dichas muertas,  
incólume se guarda!

¡El sereno equilibrio;  
la pena resignada;  
la ciencia humilde; la existencia austera;  
la sublime esperanza!

¡Trabajar y esperar!, ¡poeta amigo!,  
porque si todo con la muerte acaba  
fuera locura no cambiar la vida  
con el descanso eterno de la nada!...

¡Tendamos nuestra vista por el Cosmos,  
libro abierto de santas enseñanzas,  
y al leño interroguemos que en el Gólgota  
vencedor de los siglos se levanta!...



## PLAZA DE TOROS

¡Patio de luz! Abigarrada gente  
Ciñe en convulso caracol la arena;  
De voluptuosa agitación creciente,  
Rumor inmenso los espacios llena.

Ahoga la ansiedad: resplandeciente  
La cuadrilla preséntase en escena;  
Salta la res con ímpetu; vehemente  
Rompe la orquesta; el vocerío atruena.

Las pupilas concéntranse radiosas;  
De polvo entre el revuelto torbellino,  
La espada en la cerviz revienta rosas.

Desplómase la res al choque fiero;  
Y entre una tempestad de ardor latino  
Ebrio de gloria yérguese el torero.

## RECLAMO

Paloma errante, de tu casto nido  
Las secas hojas desparrama el viento,  
Y escuchan estos valles, en olvido  
De tus dulces arrullos, mi lamento.

Prófuga de mi amor, ¿a dónde has ido?  
Supiese yo que en busca de sustento  
Y hubiérate en mis campos recogido  
Un manojo de espigas al momento.

¡Oh vuelve ya, paloma peregrina,  
Que aquí tu dueño con afán te aguarda,  
Cabe el viejo abedul de la colina!

Ya la noche descende... ¡Cuánto tarda!...  
Dimelo, ingrata, mientras yo te lloro,  
¿A quién arrulas con tu pico de oro?...

## A NUMA POMPILIO LLONA

EN LA FUNESTA EPOCA PASADA

Cóndor del Chimborazo, en raudo vuelo  
La cumbre gana del excelso atlante  
Y abarquen tus pupilas un instante  
La escena singular del patrio suelo.

¡Visión de horror!... En sanguinoso duelo  
Todo sumido está. Surge, triunfante  
De la virtud, el vicio, y arrogante  
¡Victoria! clama, desafiando al Cielo.

¿Quién de la infame nota nos redime  
De vil esclavitud?— ¡Tu estéril llanto  
Cambie en fecunda cólera sublime!

¡Arroja, gladiador, el regio manto:  
Ven a la arena, y en la lid esgrime  
La redentora espada de tu canto!

## ANGELUS DE BARRIO

Un gallo de dorada plumería,  
cataléptico huésped del balcón,  
al promediar el día  
cloquea, bostezando, su canción.

Hay algo de galbana de alquería,  
de sonámbulos aires de acordeón,  
de siesta, de añoranza, de acedia,  
en su vieja gaita de plumón.

Pasa una caravana;  
su máscara de zinc  
se pone el sol; es la hora meridiana.

La tierra cae en infinito spleen;  
sólo la dulce voz de la campana  
conversa con el alma del confin...!



## GITANERIAS DE LA PENA

I

Trae, Galiela, trae la petaca  
para encender un puro,  
y ajenjo nuevo del cuñete saca  
para lavarme el corazón obscuro!

Sentáronse en la hamaca;  
cual signo proceloso de un conjuro,  
su imagen larga y flaca  
fluctuaba intermitente sobre el muro.

Y quisieron cantar con la vihuela,  
y Jeco no podía  
y tampoco Galiela.

Y, ambos a dos, no sé por qué sería,  
mirando una distante montañuela,  
bebieron y lloraron ese día.

II

—Galiela, hemos llorado,  
Galiela, hemos bebido;  
quizá en el lecho helado  
nos espera el olvido.

Y, dentro la barraca, recostado,  
él se quedó dormido  
sobre la dura tierra, y, a su lado,  
también el ser querido.

Y sin estar despiertos,  
esa noche rieron y cantaron  
agitando los brazos entreabiertos.

Mas, luego que a la aurora despertaron,  
tendiendo en derredor ojos inciertos,  
nuevamente bebieron y lloraron.

III

¡Qué cierzo el del camino;  
qué polvo el de la gleba:  
la carne del mocino  
no resistió a la prueba!

El rucio, ya mohino,  
sintiendo que sus hombros no lo lleva,  
se va las tardes a lamer la cueva  
donde cayó la flor de muerto espinol

—Galiela, tus entrañas  
he de signar, estériles, con hieles  
y sangre de alimañas,

y, montañuela, que a mi pena, fieles  
sabandijas y arañas  
se coman tus rosales y laureles!

IV

—Vámonos, Jeco mío,  
y vámonos de largo,  
que aquí nos hiela el frío  
y el pan es muy amargo!

Y fue la marcha: el rucio, con el lio,  
saliendo del mohin de su letargo,  
comenzó a andar; desde el confin sombrío  
hacia adiós su cuello carilargo.

Rumiando la amargura de sus dejos,  
iban tras él, a paso de galbana,  
los que con él marchábanse tan lejos.

Ibanse hundiendo en la extensión lejana,  
ahogáronse en la sombra sus reflejos  
y se esfumó la triste caravana.



## ANSIAS Y CLAMORES

Matriculado estoy en el silencio  
con que las penas habian  
de esos ahogos que el dolor no sabe  
traducir en palabras.

Viajero de la vida,  
me encuentro en la montaña,  
doblado ya los últimos recodos  
de la fatal jornada.  
Y tiemblo como tiemblan  
las hojas escarchadas,  
batido por el ábrego y la nieve  
con que el invierno de la vida acaba.

Los días y los meses y los años,  
todo ha pasado sobre mí, cual pasan  
las olas que a la mar llevan los ríos,  
dejando sólo légamo en las playas.

Canté a mi vez, cual cantan los gorriones  
en la gloria del alba,  
entregando a los campos y los cielos  
el ritmo de las alas.

Mas, de esos tiempos de los versos idos  
ya no me queda nada,  
sino el recuerdo que a las almas queda,  
como al rastrojo del trigal, la paja.

Las cuerdas rotas, los cantares mudos,  
flotan en torno mio, cual las tablas  
del navio deshecho, que ya nunca  
tornará a deslizarse sobre el agua.

Pedazos de mi ser; en el camino  
quedó en trozos la flauta,  
que en vez del soplo de los campos, siente  
del tiempo y del oivido las pisadas.  
Restado el oro de esos dulces sueños,  
sólo tengo un cuociente, el de las lágrimas,  
que, aunque lloradas largamente fueron,  
cada día a su vez torno a llorarlas.

¿Y cuál la causa de mi mal, Dios mio?:  
a los hombres tal vez puedo callarla,  
mas nunca a Ti, mi Dios, que sabes cuánto,  
cuánto en el Cielo y en la tierra pasa.